

elaborado por “un humorista boyacense”, que obligaba a alargar todos los documentos oficiales añadiendo el nombre completo de la ciudad, Santafé de Bogotá, acabando con el nombre indígena que le devolvieron los libertadores en 1819 tras cuatrocientos años de dominación hispana. Más que el gesto, lo más grave era la ignorancia pura de los legisladores, que pensaban con ello rendir un homenaje a la historia.

\* \* \*

Personalmente creo que lo menos importante es que Arciniegas tenga o no razón en sus polémicas. Lo importante es que al armarlas ponía al mundo intelectual en ebullición y obligaba a repensar la historia a la vez que divertía y educaba a sus lectores y les enseñaba a no tragar entero. Pero, ante todo, Arciniegas tiene esa cualidad que le encontraba Borges a Oscar Wilde y a Stevenson, sin la cual todas las demás son inútiles: el encanto. Y lo tiene hasta en sus últimos escritos.

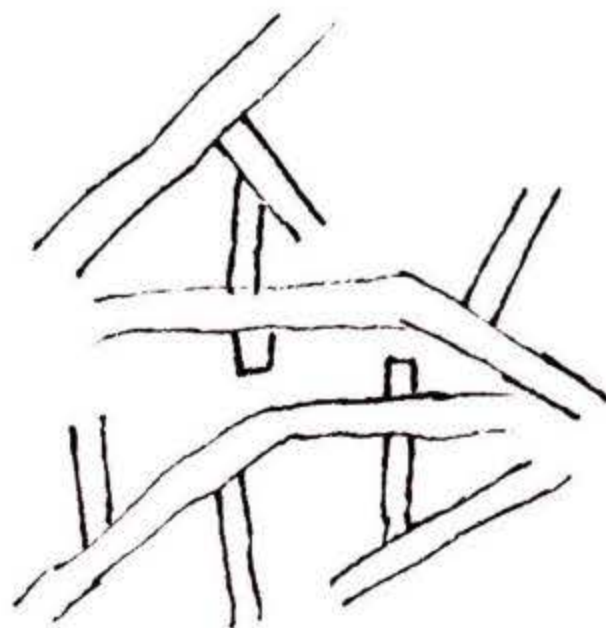
LUIS H. ARISTIZÁBAL

## “Colombia es un país inerte”

Con las manos en alto  
Germán Castro Caycedo  
Editorial Planeta, Bogotá, 2001,  
254 págs.

Este nuevo libro del periodista y escritor colombiano Germán Castro Caycedo contiene trece textos con los que el autor nos ilustra por qué Colombia es un país inerte al que todo el mundo quiere saquear y al cual apuntan las armas y los intereses de más de uno. El primero de estos textos, *Noche de naturalezas muertas*, es el estremecedor relato de un secuestrado por la guerrilla y las largas jornadas a que es sometido por sus captores en las cercanías de Cali, el trato brutal y despiadado que recibe junto con sus compañeros de

cautiverio, el hambre, la lluvia, las heridas, el acoso, en fin, uno más de los episodios infernales de que son objeto los miles de colombianos que han padecido o están padeciendo el horror del secuestro. Antes del desenlace de esta historia, o sea la muerte de varios de sus protagonistas, uno de los guerrilleros que siempre está acosando a los miembros de este grupo de secuestrados con su fusil y con el grito de “ricos hijueputas”, al preguntarle uno de ellos que para él qué es un *rico* —pues las víctimas son modestos hombres de clase media—, le responde sin vacilar: “un rico hijueputa es el que come dos veces al día, no una sola vez [...] ¿Sabe qué es la revolución? Comer dos veces al día”. Lo que nos dice muy claramente las causas que, de todas maneras, tiene este conflicto: las desigualdades sociales, la exclusión, la miseria, el hambre, y también el resentimiento y el odio feroz que todo lo anterior ha ido incubando, sin que ninguna causa, en ninguno de los bandos, legitime el salvajismo de los procedimientos utilizados por todos.



El tercero de los relatos que conforman este libro se llama *Linda Iris, ¿me amas?*, y es la historia de un médico en alguno de los muchos pueblos de la costa a los que también ha llegado esta guerra. El pobre tipo es acosado por la guerrilla para que atienda a un herido, y de otro lado debe soportar el hostigamiento de la fiscalía y la policía por estar protegiendo a un subversivo, argumentando a unos y a otros que él como médico tiene un único deber: salvar vidas humanas. Mientras

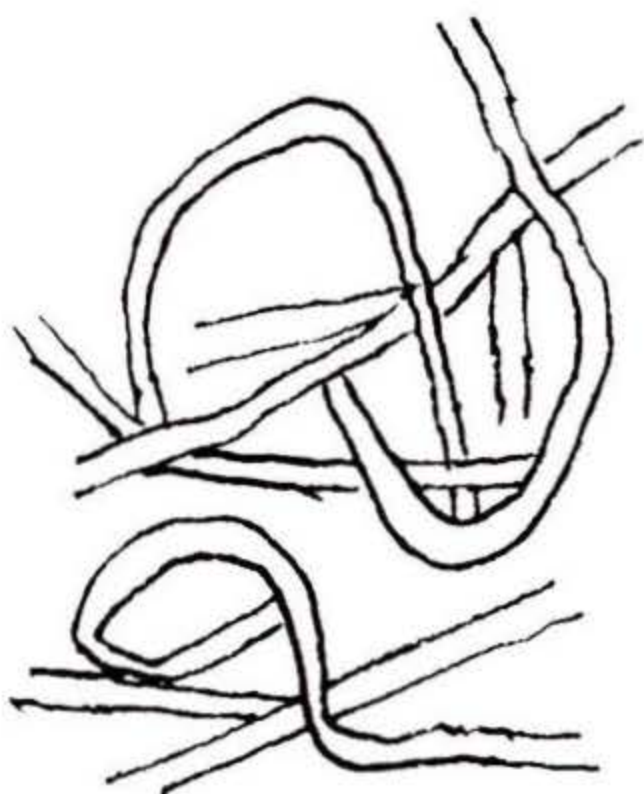
el guerrillero se recupera de sus graves heridas, llega a visitarlo Linda Iris, una atractiva mujer enviada por los guerrilleros, y que se hace pasar por esposa del herido. El encarte de éste y su compañera va poniendo en peligro la integridad del médico, quien decide remitirlo al hospital universitario de la capital. Al llegar al hospital de Bogotá, Linda Iris y su “esposo” enfermo, a él le ponen una estricta vigilancia, mientras su abnegada consorte se instala en un hotelito y acude diariamente a visitarlo; pero resulta que con el correr de los meses Linda Iris, que se siente sola, acaba por convertirse en amante de uno de los guardianes de su supuesto marido, y para colmo descubre en él el amor. Una noche el hombre le dice que no se siente bien en la relación, pues ella es una mujer casada, y entonces Linda Iris le abre su corazón contándole toda la verdad: a ella le han estado pagando una platica para que acompañe a este hombre, que es un guerrillero, pero el tipo no tiene nada que ver con ella. El hombre —el amante— se va y a la hora siguiente llega con una patrulla de la policía para arrestarla.

Me he detenido en estos dos relatos, pues considero que son los más logrados de este libro. Y son los más logrados, pues su trasfondo humano creo que sobrepasa lo meramente periodístico o testimonial y alcanza un valor literario. De elementos en apariencia tan simples como la compasión que puede suscitar un verdugo, o una traición de amor en medio de una guerra, están hechas las tragedias clásicas, que son clásicas justamente por saber señalarnos el barro ambiguo y contradictorio de que está hecho el corazón humano.

Germán Castro Caycedo no es lo que podríamos llamar un estilista. No es alguien que se apasione y que nos apasione con el sonido y la textura de las palabras, ni con la cadencia de las frases o de los párrafos; pero su prosa fluye con soltura para que fluya el relato, y sus observaciones sobre el paisaje o sobre las personas son bastante atinadas, al menos en los dos textos a los que me he



referido. Habría que anotar, como dato al margen, el descuido del texto por parte de Editorial Planeta, pues esto es algo que les corresponde a los editores y no al autor. (Errores de mecanografía —¿todavía en épocas de computadoras, puede decirse así?—, una que otra frase que se le escapó al autor y que quedó sin concluir, dos *ques* seguidos. En fin, bobadas que demeritan la edición).



Los otros textos son ya más periodísticos. *Demasiado* periodísticos, diría yo. Abundan en datos que no creo que tengan mayor significado para un lector corriente como son los códigos de los distintos tipos de aviones, o de helicópteros, o de fusiles, o de municiones. Esa información está bien en el juzgado, o si es que realmente para la historia es decisivo el calibre de los proyectiles con los que en determinado momento se mata la gente, pues bueno, pero, si no, lo único que consigue es llenar la cabeza del lector con un ruido de ecuaciones inútiles. Otra cosa que observo en estos textos —que están a medio camino entre el ensayo sociológico y político, la crónica periodística y el reportaje— es la falta de concisión; me da la sensación de que tratan de decir varias veces la misma cosa sin que logren decirla con suficiente claridad. Yo recomendaría, muy respetuosamente, a todos los escritores y periodistas, el hábito de leer poesía. Dentro de las tantas cosas que la poesía nos enseña, está también la de condensar un mundo entero en dos versos.

En cuanto a los otros reportajes o artículos de este libro —salvo tal vez *Debussy bajo la lluvia*, al que no le encuentro mucho parentesco con todos los demás, ni mucha razón para estar en este grupo—, digamos que son una catalogación de todo lo que nos aqueja, nos rodea y nos asedia. Que hay intereses perversos, que en las altas esferas del capital se promueve esta guerra porque el negocio de las armas es descomunal, que al mismo tiempo lo que se nos vende como armamento no es más que chatarra inservible de otras guerras atroces, que nuestros benefactores se lucran de todo esto y hacen negocios con los enemigos, a quienes también estafan, y que nada puede decirse porque todas esas transacciones vienen bajo el rótulo de una ayuda para resolver nuestros males y que las tajadas de ese presupuesto —que lo único que logrará será empeorar nuestra situación— ya han sido repartidas con generosidad entre unos cuantos senadores y las factorías de juguetes bélicos en las que ellos son accionistas a la vez. A todo esto se suman los Montesinos y los sargentones ambiciosos de todas las pelambres y de todas las nacionalidades, los reyezuelos serviles, los prohibicionistas para quienes no hay mejor negocio que la prohibición y que trafican con la propia materia de su pecado y se hartan de ella hasta el encalambramiento. Pero también están las otras miradas avariciosas, las que se reparten el futuro del planeta y que no ignoran que en el territorio colombiano están las enormes reservas de petróleo que mañana necesitará la gran industria, y el agua —por cuya escasez se dice que serán las próximas guerras y que Colombia tiene en cantidades— y la riqueza biológica de los pantanos del Chocó y del Amazonas, y el aire que producen las selvas, el nuevo canal interoceánico antes de que entre en desuso el de Panamá, etc. etc. Nada nuevo. Nada que alguien medianamente informado y que no trague entero no haya deducido sin necesidad de ser un analista muy agudo. Nada nuevo, pero está bien que se digan y que

se expliquen, las veces que sea necesario, la razones por las cuales hoy en Colombia todos estamos *con las manos en alto*.

FERNANDO HERRERA  
GÓMEZ

## Los años de acierto

### Pedro Nel Gómez, los años europeos

Jesús Gaviria Gutiérrez

Fondo Editorial Universidad Eafit, colección El arte en Antioquia ayer y hoy, Medellín, 1999, 126 págs.

Pedro Nel Gómez (1899-1984) representa uno de los peores momentos del arte colombiano del siglo XX. Su trabajo resume los grandes defectos del muralismo mexicano y ninguna de sus cualidades: se trata de una pintura que en su intento por rescatar costumbres, oficios y tipos del pueblo, no va más allá del esfuerzo que implica su ejecución técnica. Un concierto mudo, porque los músicos de su orquesta no cuentan con instrumentos, tienen piezas sueltas, cuerdas, maderas y pedazos de cobres. Son músicos, y sin el instrumento no pueden interpretar la partitura en el atril frente a su silla. El libro que reseñamos presenta el período europeo de su obra, su momento de mayor acierto. Momento en el cual, lejos de su compromiso político, consideró el arte como un protagonista.

En 1925 Pedro Nel viajó a Europa y permaneció ahí por cinco años. En Italia, donde pasó la mayor parte del tiempo y donde estuvo vinculado a la academia, confiesa que nunca practicó la pintura al fresco y no se interesó por conocer los procedimientos técnicos que utilizaron en el Renacimiento para esta técnica: "Sólo me importaba conocer cuáles habían sido las causas que lo habían producido". Pedro Nel pertenece a un grupo de artistas que, en palabras de la historiadora y crítica de arte Marta Tra-